Reseña

*La Revolución mexicana: un balance desde la academia. Los cursos de invierno de 1955**

Rosa Yuneiry Ramírez Topete
Universidad Autónoma de Sinaloa

Lemus Soriano, E. G. (2023). *La Revolución mexicana: Un balance desde la academia. Los cursos de invierno de 1955*. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

Alguna vez, en una plática informal con compañeros y amigos historiadores, discutíamos sobre cuál era el tema más trabajado en la historiografía mexicana. La respuesta unánime fue la Revolución mexicana. Digna de estudio, este proceso tiene múltiples aristas y se ha consolidado como un objeto de análisis fascinante para estudiosos de todas las caras de este poliedro historiográfico. Las investigaciones abarcan desde los temas militares y de facciones hasta la formación de bloques políticos regionales, sin perder de vista las temáticas sociales y culturales, incluidas manifestaciones artísticas como la pintura, la escultura, la música y el teatro. También comprenden los temas económicos y las repercusiones de la Revolución mexicana en la sociedad. Al leer los capítulos de este balance desde la academia que hace Elmy Grisel Lemus Soriano (2023) en su texto *La Revolución mexicana: un balance desde la academia. Los cursos de invierno de 1955,* volvimos a la reflexión de que la historiografía científica y moderna en México es un logro más de la Revolución mexicana.

Esta obra de Elmy Lemus fue publicada en 2023 por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, y tiene una extensión de 321 páginas. En esta, la autora sostiene que los cursos de invierno de 1955 fueron el inicio de un revisionismo historiográfico sobre la Revolución mexicana, pues no solo la

*Artículo recibido 06/01/2025
Artículo Publicado 12/06/2025

consideraron como un movimiento armado, sino que también la examinaron desde nuevas perspectivas metodológicas y teóricas.

Los cursos de invierno de 1955, organizados por la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), tenían como objetivo crear un espacio de reflexión sobre el proceso revolucionario iniciado en 1910. Para entonces, todavía no se tenía certeza de que este proceso histórico hubiera concluido. Por primera vez en México se comenzó a reflexionar sobre dicho proceso más allá de los simples recorridos cronológicos y del recuento de acontecimientos militares. El año de 1955 fue un parteaguas en el fomento del estudio de las humanidades desde un punto de vista divergente, mediante una reflexión analítica que se apartara del enfoque positivista tradicional y de su énfasis en lo cuantificable. Entonces, se observaba un marcado interés por cambiar la forma en que se realizaban los estudios históricos, y tomar la Revolución mexicana como objeto de estudio era un paso casi obligado. ¿Cómo abordar este proceso histórico? ¿Con qué fuentes hacerlo? ¿Cómo ordenar el caos? ¿Con qué elementos teóricos y metodológicos abordar el proceso revolucionario?

El texto de Lemus está dividido en cuatro capítulos; el primero se titula "La profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades". El interés por la reflexión revolucionaria coincidió con una época en la que se desarrollaban en México la profesionalización y la institucionalización de la historia y las ciencias sociales. Durante ese periodo, nacieron instituciones que ejercerían el control del conocimiento histórico de México y marcarían el rumbo historiográfico en las décadas siguientes, como el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), fundado en 1953 por decreto presidencial, y El Colegio de México (COLMEX), fundado en 1940. Por su parte, la FFyL de la UNAM, aunque había sido fundada con anterioridad, experimentó entonces un cambio en la forma de abordar la historia. En este primer capítulo, además de presentar a los conferencistas, la autora ofrece un amplio apartado sobre la profesionalización de la enseñanza de la historia. Después de la creación del INEHRM, se inauguró la Cátedra de Historia de la Revolución Mexicana en la Universidad Nacional con la intención de transformar la enseñanza tanto en el ámbito curricular como en el didáctico. Esta iniciativa hacía énfasis no solo en la profesionalización, sino también en la pedagogía de la Revolución mexicana, que implicaba la formación del ciudadano posrevolucionario: un ciudadano consciente de la justicia social, la reforma agraria y el nacionalismo cultural.

El capítulo dos, "La historiografía en México, 1955", explica que, para ese año, las tradiciones historiográficas eran "divergentes" y estaban influidas por el Ateneo de la Juventud, al que habían pertenecido algunos de los intelectuales vinculados con estas discusiones, como Antonio Caso. En ellas participaron también historiadores e intelectuales de generaciones posteriores, como Eugenio Ímaz y Álvaro Matute. ¿Qué caracterizó a la historiografía mexicana durante el siglo XX? Se multiplicaron los textos históricos, surgieron nuevos temas y se hicieron relecturas de los ya tratados por la historiografía de los siglos XVIII

y XIX. ¿Qué cambió en la historiografía mexicana durante el siglo XX? Para empezar, se produjo un cambio en el contexto histórico: a comienzos del siglo estalló la Revolución mexicana, en 1910. En ese contexto se desarrolló un proceso de construcción idealista con antecedentes en la reivindicación del entramado social y en su fortalecimiento mediante la lucha.

Los dos primeros capítulos de Lemus ofrecen un estudio de gran rigor intelectual, así como un completo recorrido por el proceso historiográfico mexicano. En este libro destacan tres puntos que se desarrollan a lo largo de sus capítulos y funcionan como ejes de la obra. El primero es la profesionalización de las ciencias sociales y la creación de instituciones para ese propósito. La profesionalización del estudio de la historia estuvo en manos del Instituto de Investigaciones Históricas (IIH) de la UNAM, El Colegio de México y el INEHRM, que contribuyeron a la discusión sobre el rumbo que debían tomar los estudios históricos. En segundo lugar, el texto destaca el impacto de *La invención de América*, de Edmundo O'Gorman, en el abordaje de las fuentes para la reinterpretación de procesos complejos. En el caso de este historiador, sustituir la pregunta tradicional sobre cómo se descubrió América por otra de carácter epistemológico —si realmente hubo un "descubrimiento" de América— dio un giro al análisis. En este sentido, la aportación de O'Gorman al estudio de la Revolución mexicana radicó en el uso de las fuentes y de los conceptos empleados para abordarlas. La década de 1950 abrió una veta para interpretar el pasado mexicano de una forma distinta a la de la historiografía liberal decimonónica, que se basaba en enaltecer al héroe y narrar los acontecimientos como una epopeya.

El tercer y último punto —el más amplio— corresponde a las discusiones acaloradas de los cursos de invierno, que surgieron de preguntas aparentemente sencillas: ¿Qué era la Revolución? ¿Para qué estudiarla? ¿Cómo periodizarla? Las respuestas, lejos de agotar la discusión, llevaron a los participantes a preguntas más complejas: ¿Qué podía aportar el estudio de la Revolución mexicana en un contexto de desarrollo económico, democrático y de justicia social? Según Lemus (2023), la investigación rigurosa de estos intelectuales no era solo un asunto académico. Para ellos, era también una defensa de su identidad y, de alguna manera, su contribución al mundo occidental. Se trataba de una intelectualidad que buscaba guiar al pueblo y a los gobernantes, así como proyectar el futuro a partir de los valores emanados de la Revolución mexicana. En este sentido, se perfilaba un intelectual más cercano a la crítica y a la teoría que a la crónica y a la narración.

La reflexión anterior retoma aspectos del capítulo tres, "Los cursos de invierno de 1955". Estos cursos fueron programados en series de cinco conferencias, cada una de dos horas, de lunes a viernes, entre las cuatro de la tarde y las ocho de la noche. Las discusiones fueron más allá de la lucha armada: se habló de revolución política, revolución agraria, revolución obrera y, en menor medida, de revolución cultural, muralismo, arte y política, así como de todos los terrenos en los cuales la Revolución mexicana tenía una aportación o una deuda. Algunos conferencistas ofrecían una apreciación general sobre la historia de México; otros presentaban

investigaciones que habían elaborado anteriormente, a manera de síntesis intelectual. Un tercer grupo, menos numeroso, planteaba nuevas hipótesis. Entre los participantes se encontraban Rodolfo Usigli, quien abordó el teatro; Lucio Mendieta Núñez, la propiedad de la tierra; Justino Fernández, el muralismo; y Salvador Azuela, el Ateneo de la Juventud.

Para finalizar el estudio, el capítulo cuatro, titulado "Nuevas metodologías, viejos actores", centra su atención en el problema de las fuentes históricas. La autora muestra que durante esa época existía la necesidad de replantear el uso de nuevas fuentes para el estudio de la Revolución mexicana. Entre ellas se encontraban las memorias de excombatientes y militares, crónicas, notas periodísticas, música, celebraciones y conmemoraciones posteriores a la lucha armada, discursos políticos y otras fuentes, tanto primarias como secundarias. Su uso llevaría a los investigadores a conceptualizar la Revolución mexicana de manera distinta, revisar sus límites cronológicos, medir sus alcances ideológicos y construir una explicación más compleja y dinámica.

La autora deja claro en su investigación —al igual que lo hicieron los intelectuales de 1955— que estudiar la Revolución mexicana es el punto de partida para evaluar la vigencia de sus ideales. También reconoce que este proceso dejó importantes deudas con la sociedad en ámbitos como la relación Iglesia-Estado, los procesos electorales y la consolidación de la ansiada democracia a la que aludía Francisco I. Madero en 1910. Además, en las conferencias se cuestionaron el concepto mismo de Revolución y las propuestas metodológicas para abordarla. La obra de Elmy Lemus constituye un aporte significativo a las investigaciones sobre historiografía contemporánea. Su narrativa clara y minuciosa, casi microscópica, sobre los cursos de invierno acerca al lector a los ciclos, horarios, mesas e itinerarios de estas acaloradas discusiones.

Después de los cursos de invierno de 1955, la representación de la Revolución mexicana dejó de ser un relato de héroes para convertirse, de la mano de los intelectuales mexicanos, en un mural al estilo de Orozco, Rivera o Siqueiros. En esta nueva representación, los protagonistas ya no eran los héroes y las batallas, sino los campesinos y obreros, los ferrocarriles y corridos, las soldaderas, los volcanes y las cactáceas. Estos elementos, provenientes de las distintas regiones del país, iluminaban los diversos rostros de un pasado cuya representación ya no era idealizada, sino real, crítica y más expresiva. Asimismo, Lemus actúa como muralista en el campo de la historia: sitúa cuidadosamente y con mucha sensibilidad a cada intelectual en un mural posrevolucionario del México contemporáneo. En este, cada figura desempeña un papel que no responde a razones estéticas, sino a orientaciones políticas, compromisos ideológicos y, a veces, todavía a un discurso legitimador del Estado. He aquí la relevancia de la obra: el retrato colectivo que ofrece la autora articula las ideas y los posicionamientos de estos intelectuales. Esto permite al lector transitar del mito político revolucionario hacia una reflexión crítica sobre la construcción de la nación y la consolidación del conocimiento histórico científico mexicano.